El oscuro retorno de la Diosa

Jesús González Requena
Universidad Complutense de Madrid
www.gonzalezrequena.com

«La mitología griega [...] contaba con un héroe famoso, Anteo, que era [...] el hijo de Poseidón, dios del mar, y de Gea, diosa de la tierra. El se sentía particularmente atado a su madre que le había dado la vida, le había nutrido y criado. [...] Era considerado un héroe invencible. ¿Qué era lo que le daba esa fuerza? era el hecho de que cada vez que, combatiendo a un adversario, se sentía debilitar, tocaba la tierra, su madre, que le había dado la vida y lo había nutrido, y retomaba así sus fuerzas.

«Sin embargo, tenía un punto débil: era el peligro de estar, de una manera o de otra, separado de la tierra. [...] Y hubo un enemigo que, aprovechando esta debilidad, venció a Anteo. Este fue Hércules. ¿Pero cómo pudo vencer? Lo arrancó de la tierra, lo levantó en el aire e, impidiendo que tomara contacto con el suelo, lo sofocó.»

¿Saben quién es el autor de este texto? Seguramente no. Pero, ¿no notan algo raro en él? Vean como prosigue:

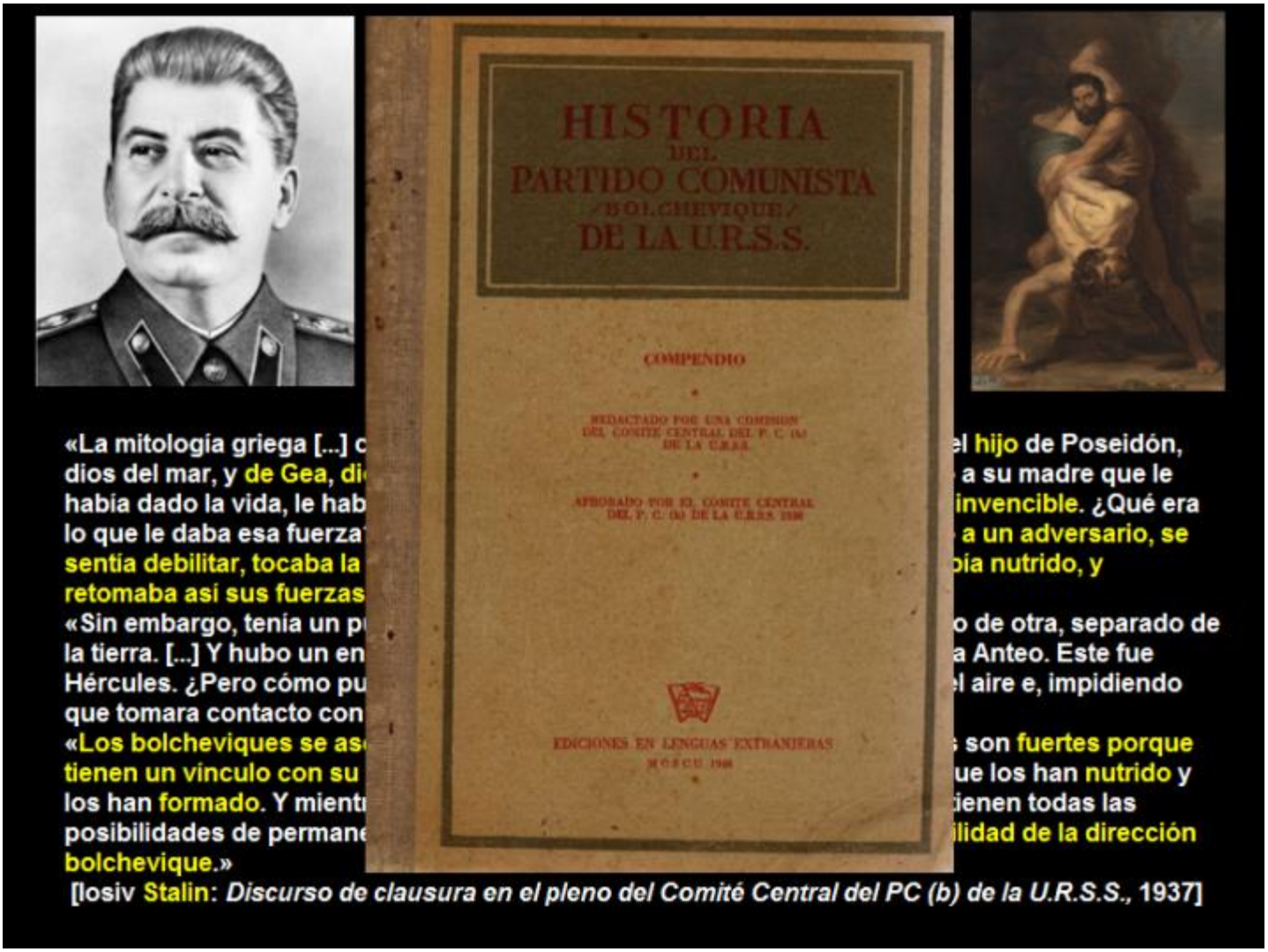
«La mitología griega [...] contaba con un héroe famoso, Anteo, que era [...] el hijo de Poseidón, dios del mar, y de Gea, diosa de la tierra. El se sentía particularmente atado a su madre que le había dado la vida, le había nutrido y criado. [...] Era considerado un héroe invencible. ¿Qué era lo que le daba esa fuerza? era el hecho de que cada vez que, combatiendo a un adversario, se sentía debilitar, tocaba la tierra, su madre, que le había dado la vida y lo había nutrido, y retomaba así sus fuerzas.

«Sin embargo, tenía un punto débil: era el peligro de estar, de una manera o de otra, separado de la tierra. [...] Y hubo un enemigo que, aprovechando esta debilidad, venció a Anteo. Este fue Hércules. ¿Pero cómo pudo vencer? Lo arrancó de la tierra, lo levantó en el aire e, impidiendo que tomara contacto con el suelo, lo sofocó.»

«Los bolcheviques se asemejan [...] a [...] Anteo. Lo mismo que Anteo, ellos son fuertes porque tienen un vínculo con su madre, con las masas que los han engendrado, que los han nutrido y los han formado. Y mientras ellos sigan vinculados a su madre, al pueblo, tienen todas las posibilidades de permanecer invencibles. Este es el secreto de la invencibilidad de la dirección bolchevique.»

[Iosiv Stalin: *Discurso de clausura en el pleno del Comité Central del PC (b) de la U.R.S.S.*, 1937]

No hay duda de que la historia de Anteo gustaba especialmente a Stalin; lo prueba el hecho de que este texto reaparece citado en el cierre, dos años más tarde, de la *Historia del Partido Comunista de la U.R.S.S*, obra que figura como redactada por una *Comisión del Comité Central del Partido* pero que a la vez constituye el tomo 14 de las *Obras Completas* del propio Stalin.

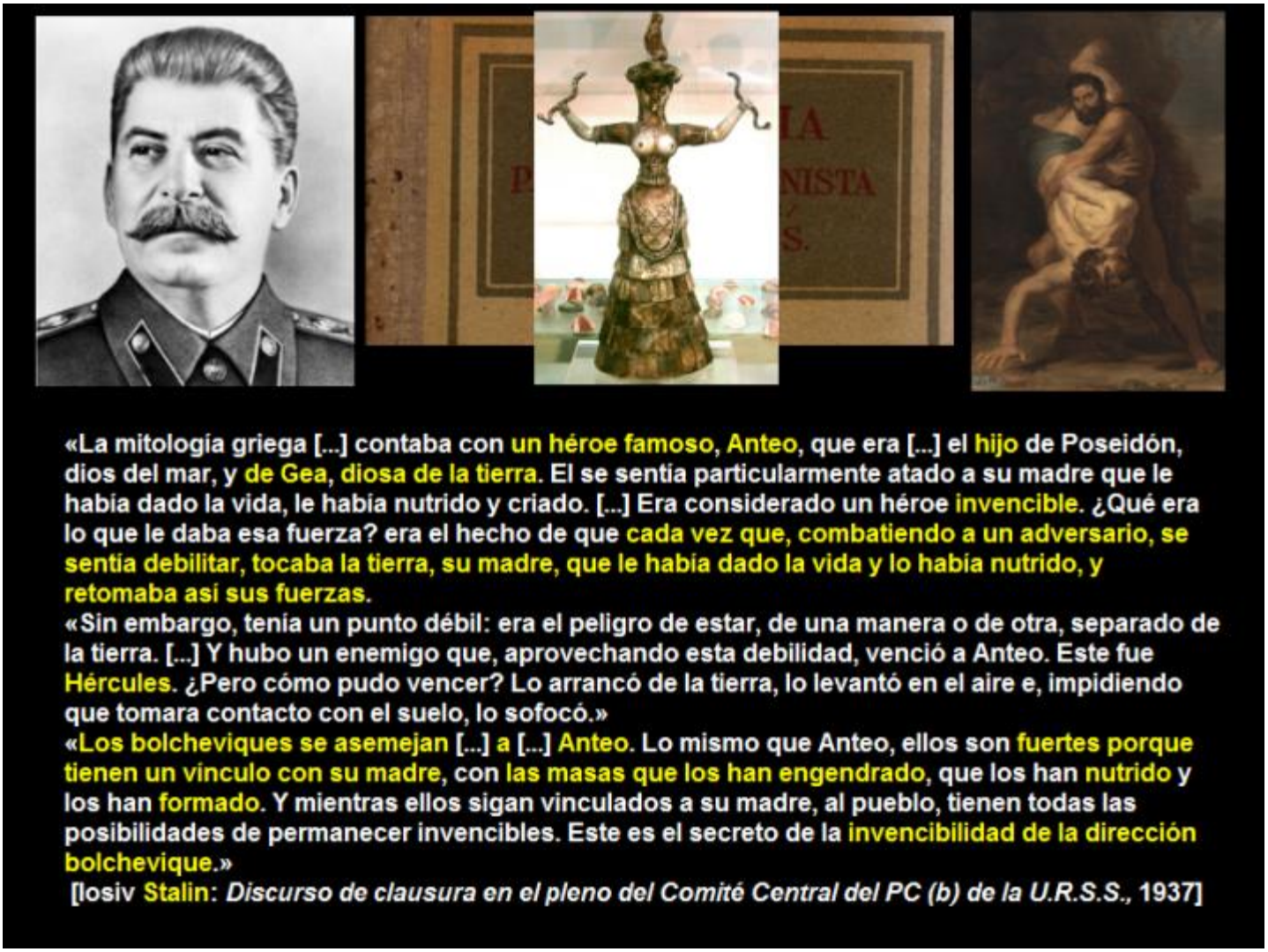


No hay contradicción en ello, porque Stalin era el partido mismo o, si prefieren, para expresarlo en términos de Anna Arendt (2), el partido no era otra cosa que la expresión de *la voluntad* de Stalin.

Lo que da la máxima relevancia al hecho de que sea precisamente esta cita -o más exactamente esta autocita, pues Stalin no duda en citarse a sí mismo, incurriendo en ese hablar de sí en tercera persona que es uno de los rasgos típicos de la megalomanía paranoide- la que cierre ese libro que se confunde con su propia identidad, con la obra de su vida, el partido comunista, *su* partido.

Y más notable aún que la elección del tema mítico, es la posición que Stalin adopta en él. Pues el relato mitológico que hace suyo fue contado siempre desde el punto de vista de Hércules, protagonista indiscutible de la saga de sus propias hazañas.

Y sin embargo Stalin se inclina por el otro, Anteo, su oponente derrotado, hasta el punto de llamarlo *héroe*, cosa que ciertamente no fue, pues su estatuto mitológico era el muy diferente de *gigante* -fuerza, en el universo mitológico griego, más arcaica y ligada a la tierra, y por eso hijo de Gea e insistentemente calificado, como los otros gigantes, sus hermanos, de monstruo.



El estatuto de *héroe* solo corresponde en esta historia a Hércules, hijo de Zeus y de mujer -la misma combinación, reténganlo, que se encontrará más tarde en el origen de Jesucristo.

De modo que la victoria de Hércules sobre Anteo puede ser leída como la de la fuerza de Zeus, su padre, sobre la de Gea, la diosa madre de Anteo.

Éste sería uno más de los hechos textuales que vendrían a probar -y esta es la primera hipótesis que les propongo- la realidad de una larga batalla cuya crónica es posible leer en la mitología griega y que conduciría a la sustitución de una mitología arcaica, presidida por diosas maternas, por una nueva y más moderna mitología patriarcal.

Si contará con un tiempo del que ahora no dispongo, les mostraría hasta qué punto *La Iliada* misma es la prueba más evidente de las dificultades de esa batalla. Me conformaré, por eso, con sólo esta cita, en la que Zeus dice a Hera:

Zeus dice a Hera:
«¿Qué daño te hacen Priamo y los hijos de Priamo tan grande, para que con tan vehemente furor te obstines en devastar la bien edificada fortaleza de Ilio? Si entraras en las puertas y en los largos muros y devoraras crudos a Priamo y a los hijos de Priamo y a los demás troyanos, sólo así te curarías esa ira. Haz como te plazca [...] yo te lo he otorgado de grado sin ser de mi gusto. Pues de las ciudades de terrestres humanos [...] la que yo más de corazón apreciaba era la sacra Ilio, y a Priamo y la hueste de Priamo.»

Ven los apuros del padre de los dioses, Zeus, para contener el *furor* y *la ira devoradora* de Hera quien, frente a la simpatía de su marido hacia los troyanos, había optado decididamente por lo griegos, siendo por tanto la indiscutible protagonista mitológica de la victoria.

Y no menor confirmación encontraremos en la segunda generación de dioses.

Pues si Apolo y Afrodita eran divinidades protectoras de los troyanos, Atenea tomó en todo momento el partido de los griegos, no dudando en tramar con Hera contra la voluntad de su padre Zeus y de compartir con ella, por tanto, el honor de una victoria que dejaba a Apolo en el peor de los lugares.

¿Y qué decir de la pobre Afrodita, quien, a instancia de la *depredadora* Atenea, llegó incluso a ser herida durante el combate por uno de los guerreros griegos?

Por cierto que la mera oposición entre la sensual y amorosa Afrodita -la Venus de los romanos- y la *depredadora* -este es el calificativo que Homero utiliza más insistentemente para ella-, la violenta e invencible guerrera Atenea permite expresar de un solo trazo el nuevo estatuto de lo femenino que habría de nacer bajo la égida de la divinidad patriarcal: uno del todo distante de la potencia a la vez generadora y destructora de las arcaicas divinidades maternas.

Doy por hecho la resistencia que les suscitará la idea que voy a proponerles, pero les invito, al menos, a que la ensayen.

Si aceptamos la teoría de Georges Bataille (4) según la cual las primeras divinidades fueron las grandes bestias cuya entrega a un goce sin restricciones era para los primeros hombres la manifestación extrema de la soberanía, ¿no les parece verosímil -tal es al menos la idea que les propongo- que tras ellas llegara una segunda generación de divinidades constituidas por diosas, en tanto encarnaciones de la potencia real de la maternidad como sede del origen mismo de la vida?

Comparto la idea que expresó ayer el profesor Adsuara sobre el carácter netamente realista de la Venus de Willendorf.

A lo que añadiré que su ausencia de rostro -el aspecto más humano del cuerpo- liga a estas primeras diosas con las grandes bestias divinas que las han precedido, en tanto, precisamente, divinidades soberanas de lo real.

Pero volvamos al combate de Hércules con Anteo.

Como les decía, la victoria de Hércules es la del dios padre contra una diosa más arcaica y antaño más poderosa: Gea, la diosa tierra.

¿No ven en ello el motivo de que Zeus, el dios padre, sea necesariamente olímpico?: vive lo más lejos posible de la tierra, en la cumbre de la más alta montaña.

Es realmente relevante, por eso, la opción estaliniana de optar por el gigante contra el héroe, que solo puede ser leída, en términos mitológicos, como la expresión más radical del cierre del ciclo histórico patriarcal en una retorno a Gea, la divinidad arcaica y materna.

Y es ciertamente notable la versión pictórica del asunto que realizara Rafael Tegeo Díaz, pues, en vez de poner el acento, como había sido costumbre en las representaciones tradicionales del tema, en el esfuerzo de Hércules por separar a Anteo de la tierra, lo sitúa en el de éste por descender, por retornar a ella.

Su rostro se muestra alucinado, vacío de toda conciencia,

en oposición a la mirada, de Hércules, a la vez inteligente y asustada ante la posibilidad de que el gigante recupere la fuerza de la tierra.

De que logre, en suma, si retornamos a la cita de Stalin, *fundirse con las masas*. Porque las masas, en el texto estaliniano, son, propiamente, masas tectónicas, encarnación directa e inmediata de la tierra, y excluyen, por eso, toda diferenciación y toda singularidad -en el límite: toda subjetividad.

«La mitología griega [...] contaba con un héroe famoso, Anteo, que era [...] el hijo de Poseidón, dios del mar, y de Gea, diosa de la tierra. El se sentía particularmente atado a su madre que le había dado la vida, le había nutrido y criado. [...] Era considerado un héroe invencible. ¿Qué era lo que le daba esa fuerza? era el hecho de que cada vez que, combatiendo a un adversario, se sentía debilitar, tocaba la tierra, su madre, que le había dado la vida y lo había nutrido, y retomaba así sus fuerzas.

«Sin embargo, tenía un punto débil: era el peligro de estar, de una manera o de otra, separado de la tierra. [...] Y hubo un enemigo que, aprovechando esta debilidad, venció a Anteo. Este fue Hércules. ¿Pero cómo pudo vencer? Lo arrancó de la tierra, lo levantó en el aire e, impidiendo que tomara contacto con el suelo, lo sofocó.»

«Los bolcheviques se asemejan [...] a [...] Anteo. Lo mismo que Anteo, ellos son fuertes porque tienen un vínculo con su madre, con las masas que los han engendrado, que los han nutrido y los han formado. Y mientras ellos sigan vinculados a su madre, al pueblo, tienen todas las posibilidades de permanecer invencibles. Este es el secreto de la invencibilidad de la dirección bolchevique.»

[Iosiv Stalin: *Discurso de clausura en el pleno del Comité Central del PC (b) de la U.R.S.S.*, 1937]

De que logre, en suma, fundirse con las masas, como dan en decir los marxistas-leninistas.

Porque las masas, en el texto estaliniano, son, propiamente, masas tectónicas, encarnación directa e inmediata de la tierra, y excluyen, por eso, toda diferenciación y toda singularidad -en el límite: toda subjetividad.

«La mitología griega [...] contaba con un héroe famoso, Anteo, que era [...] el hijo de Poseidón, dios del mar, y de Gea, diosa de la tierra. El se sentía particularmente atado a su madre que le había dado la vida, le había nutrido y criado. [...] Era considerado un héroe invencible. ¿Qué era lo que le daba esa fuerza? era el hecho de que cada vez que, combatiendo a un adversario, se sentía debilitar, tocaba la tierra, su madre, que le había dado la vida y lo había nutrido, y retomaba así sus fuerzas.

«Sin embargo, tenía un punto débil: era el peligro de estar, de una manera o de otra, separado de la tierra. [...] Y hubo un enemigo que, aprovechando esta debilidad, venció a Anteo. Este fue Hércules. ¿Pero cómo pudo vencer? Lo arrancó de la tierra, lo levantó en el aire e, impidiendo que tomara contacto con el suelo, lo sofocó.»

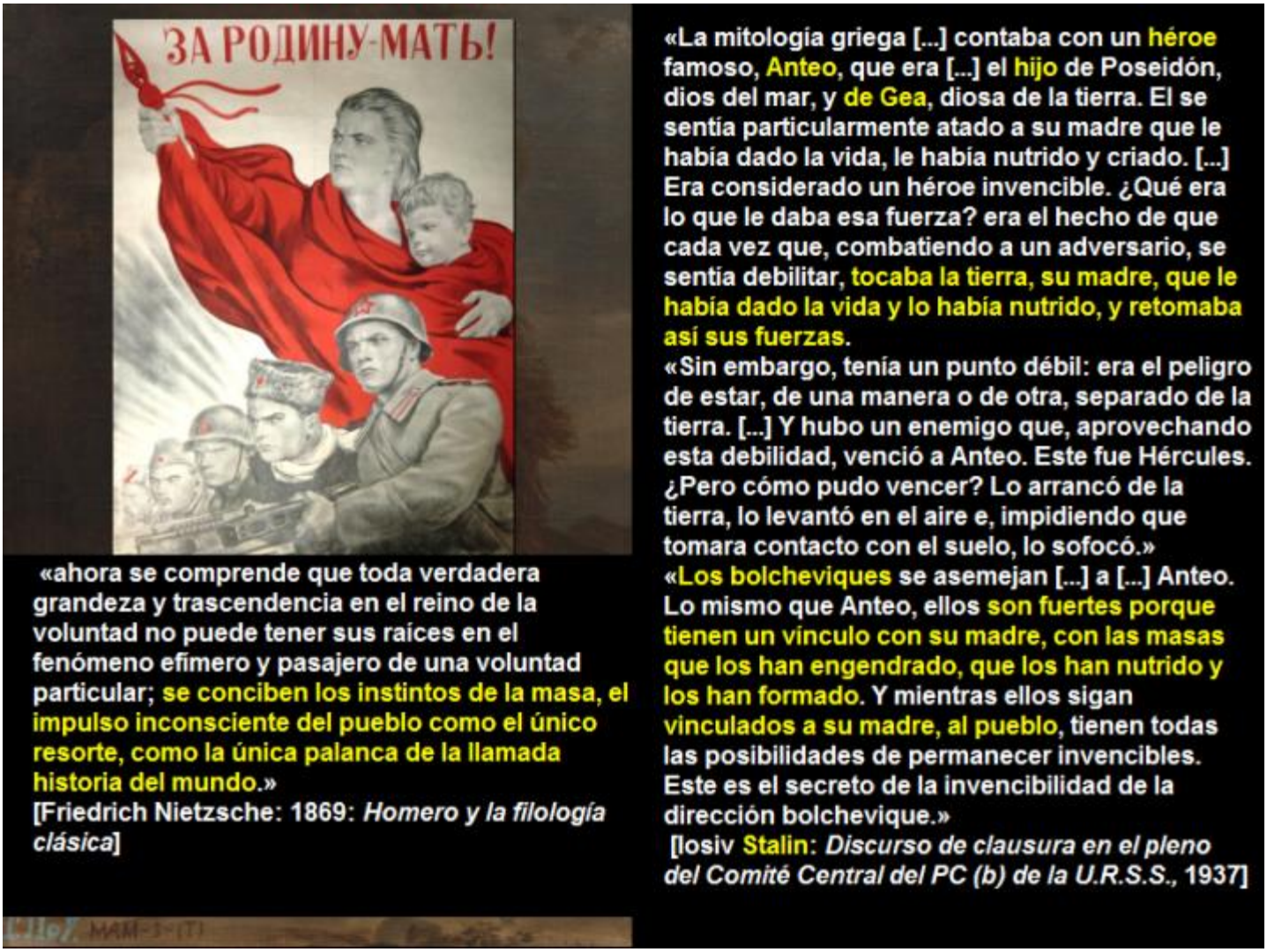
«Los bolcheviques se asemejan [...] a [...] Anteo. Lo mismo que Anteo, ellos son fuertes porque tienen un vínculo con su madre, con las masas que los han engendrado, que los han nutrido y los han formado. Y mientras ellos sigan vinculados a su madre, al pueblo, tienen todas las posibilidades de permanecer invencibles. Este es el secreto de la invencibilidad de la dirección bolchevique.»

[Iosiv Stalin: *Discurso de clausura en el pleno del Comité Central del PC (b) de la U.R.S.S.*, 1937]

De modo que los bolcheviques solo serán realmente bolcheviques si renuncian a toda singularidad y a toda diferenciación, si se funden con las masas y renacen así, de ellas, como su emanación: serán entonces *auténticos bolcheviques*, verdaderos *superhombres*, los *hombres nuevos* de la revolución socialista.

La mención, aquí, a la noción de *superhombre* no es, se habrán dado ustedes cuenta, gratuita, por más que doy por hecho que escandalizará a algunos que ose poner en conexión a Nietzsche con el pensamiento totalitario.

Pero deberán reconocerme que una cita como la que sigue está demasiado cerca de la staliniana con la que he comenzado mi exposición:



El que sin duda alguna Nietzsche sea uno de los más poderosos filósofos modernos no debería llevar, como sucede en exceso entre nuestros intelectuales, a borrar las evidentes prefiguraciones de los aspectos más bárbaros de los discursos totalitarios que pueden encontrarse incluso en sus obras más brillantes.

Basta con que abran su *Genealogía de la moral* para que puedan leer al pie de la letra la futura condena hitleriana de *la mezcla de razas* como causa de *envenenamiento de la sangre*, la necesidad de hacer desaparecer a los seres humanos *malogrados* y, más en general, el rechazo de la democracia y del socialismo como manifestación de la rebelión de las razas inferiores contra los arios, ensalzados como la raza de los señores:

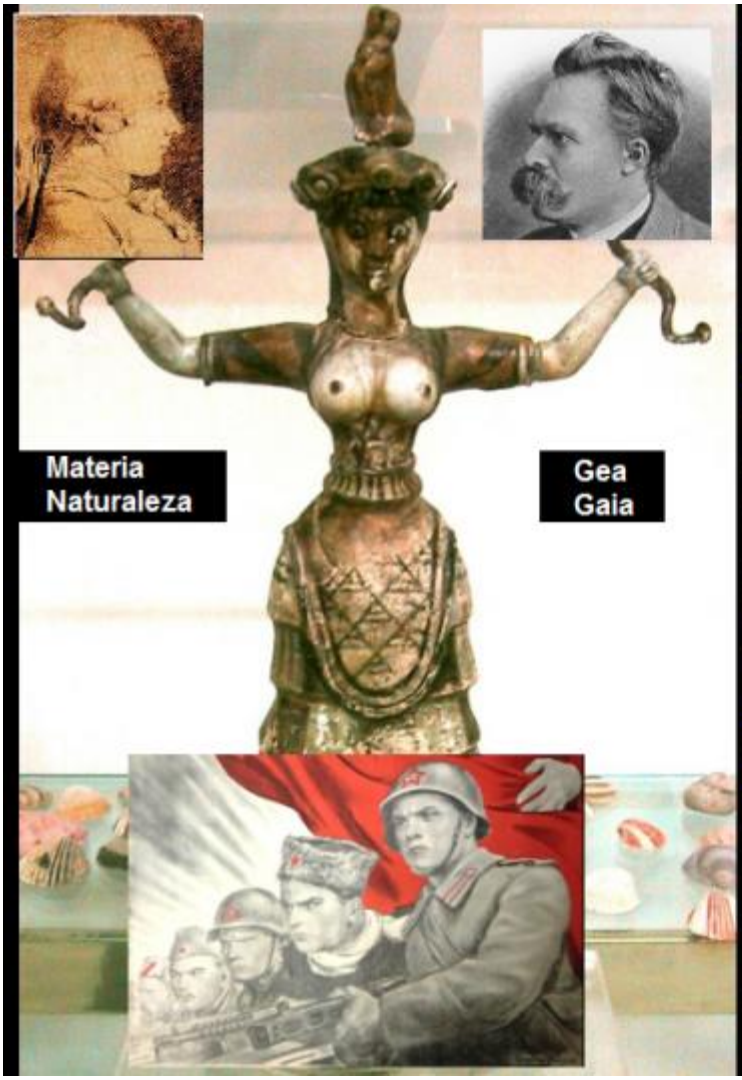
«"Los señores" están liquidados; la moral del hombre vulgar ha vencido. Se puede considerar esta victoria a la vez como un envenenamiento de la sangre (ella ha mezclado las razas entre sí) --no lo niego; pero, indudablemente, esa intoxicación ha logrado éxito.»
[Nietzsche: 1887 *La genealogía de la moral*]

«Hay en el ser humano, como en toda otra especie animal, un excedente de tarados, enfermos, degenerados, decrépitos, dolientes por necesidad [...] ¿cómo se comportan esas dos religiones [...] frente a ese excedente de los casos malogrados? Intentan conservar, mantener con vida cualquier cosa que se pueda mantener, e incluso, por principio, toman partido a favor de los malogrados [...] las religiones soberanas cuéntanse entre las causas principales que han mantenido al tipo «hombre» en un nivel bastante bajo, - han conservado demasiado de aquello que debía perecer.»
[Nietzsche: 1886 *Más allá del bien y del mal. Preludio a una filosofía del futuro*]

«la raza sometida ha acabado por predominar [...] en el color de la piel, en lo corto del cráneo y tal vez incluso en los instintos intelectuales y sociales: ¿quién no garantiza que la moderna democracia, el todavía mas moderno anarquismo y, sobre todo, aquella tendencia hacia la Commune, hacia la forma más primitiva de sociedad, tendencia hoy propia de todos los socialistas de Europa, no significan en lo esencial un gigantesco contragolpe -y que la raza de los conquistadores y señores, la de los arios, no está sucumbiendo incluso fisiológicamente?»
[Friedrich Nietzsche: 1887: *Genealogía de la moral*]

Ya en otros lugares -entre ellos en una congreso anterior de nuestra asociación (10) tuve ocasión de mostrar hasta qué punto el decreto nietzschiano de la muerte de Dios se manifestaba simultáneo, en *Así habló Zaratustra*, con el inicio de un nuevo culto a la Diosa -Gea, Gaia- de modo que la burla del Dios padre caído encontraba su directo complemento en el canto a la divinizada de la Madre Tierra.

Pero es posible retroceder un siglo más para reconocer, en los albores de la Modernidad, la plantilla del gesto nietzschiano: se encuentra en el Marqués de Sade cuando éste, a la vez que hacía escarnio de la religión del Dios padre, proclamaba a la *Materia* -a la que también llamaba *Naturaleza*- como la auténtica divinidad que rige los designios del mundo y a la que rinde todo tipo de tributos y alabanzas su numerosa legión de libertinos, quienes no dudan en reconocerse a sí mismos como superhombres que han superado las quimeras de la religión vil los cristianos.



«La mitología griega [...] contaba con un héroe famoso, Anteo, que era [...] el hijo de Poseidón, dios del mar, y de Gea, diosa de la tierra. El se sentía particularmente atado a su madre que le había dado la vida, le había nutrido y criado. [...] Era considerado un héroe invencible. ¿Qué era lo que le daba esa fuerza? era el hecho de que cada vez que, combatiendo a un adversario, se sentía debilitar, tocaba la tierra, su madre, que le había dado la vida y lo había nutrido, y retomaba así sus fuerzas.

«Sin embargo, tenía un punto débil: era el peligro de estar, de una manera o de otra, separado de la tierra. [...] Y hubo un enemigo que, aprovechando esta debilidad, venció a Anteo. Este fue Hércules. ¿Pero cómo pudo vencer? Lo arrancó de la tierra, lo levantó en el aire e, impidiendo que tomara contacto con el suelo, lo sofocó.»

«Los bolcheviques se asemejan [...] a [...] Anteo. Lo mismo que Anteo, ellos son fuertes porque tienen un vínculo con su madre, con las masas que los han engendrado, que los han nutrido y los han formado. Y mientras ellos sigan vinculados a su madre, al pueblo, tienen todas las posibilidades de permanecer invencibles. Este es el secreto de la invencibilidad de la dirección bolchevique.»

[Iosiv Stalin: *Discurso de clausura en el pleno del Comité Central del PC (b) de la U.R.S.S.*, 1937]

Y junto a la exaltación de la tierra, se da, en Sade como en Nietzsche, con solo ligeras diferencias, un común desprecio hacia la compasión, concebida como el más envilecedor de los sentimientos.

La compasión no sería otra cosa, para ellos, que la añagaza con la que los miserables siervos de toda especie tratarían de poner freno al soberano derecho al goce de los señores.

Ley fundamental de la teoría del texto es que tan relevante es la letra de un texto como el vacío sonoro de sus omisiones. Por ello es ya hora de que les llame la atención sobre el único aspecto del mito de Anteo al que Stalin no hace referencia.

«La mitología griega [...] contaba con un héroe famoso, Anteo, que era [...] el hijo de Poseidón, dios del mar, y de Gea, diosa de la tierra. El se sentía particularmente atado a su madre que le había dado la vida, le había nutrido y criado. [...] Era considerado un héroe invencible. ¿Qué era lo que le daba esa fuerza? era el hecho de que cada vez que, combatiendo a un adversario, se sentía debilitar, tocaba la tierra, su madre, que le había dado la vida y lo había nutrido, y retomaba así sus fuerzas.

«Sin embargo, tenía un punto débil: era el peligro de estar, de una manera o de otra, separado de la tierra. [...] Y hubo un enemigo que, aprovechando esta debilidad, venció a Anteo. Este fue Hércules. ¿Pero cómo pudo vencer? Lo arrancó de la tierra, lo levantó en el aire e, impidiendo que tomara contacto con el suelo, lo sofocó.»

«Los bolcheviques se asemejan [...] a [...] Anteo. Lo mismo que Anteo, ellos son fuertes porque tienen un vínculo con su madre, con las masas que los han engendrado, que los han nutrido y los han formado. Y mientras ellos sigan vinculados a su madre, al pueblo, tienen todas las posibilidades de permanecer invencibles. Este es el secreto de la invencibilidad de la dirección bolchevique.»

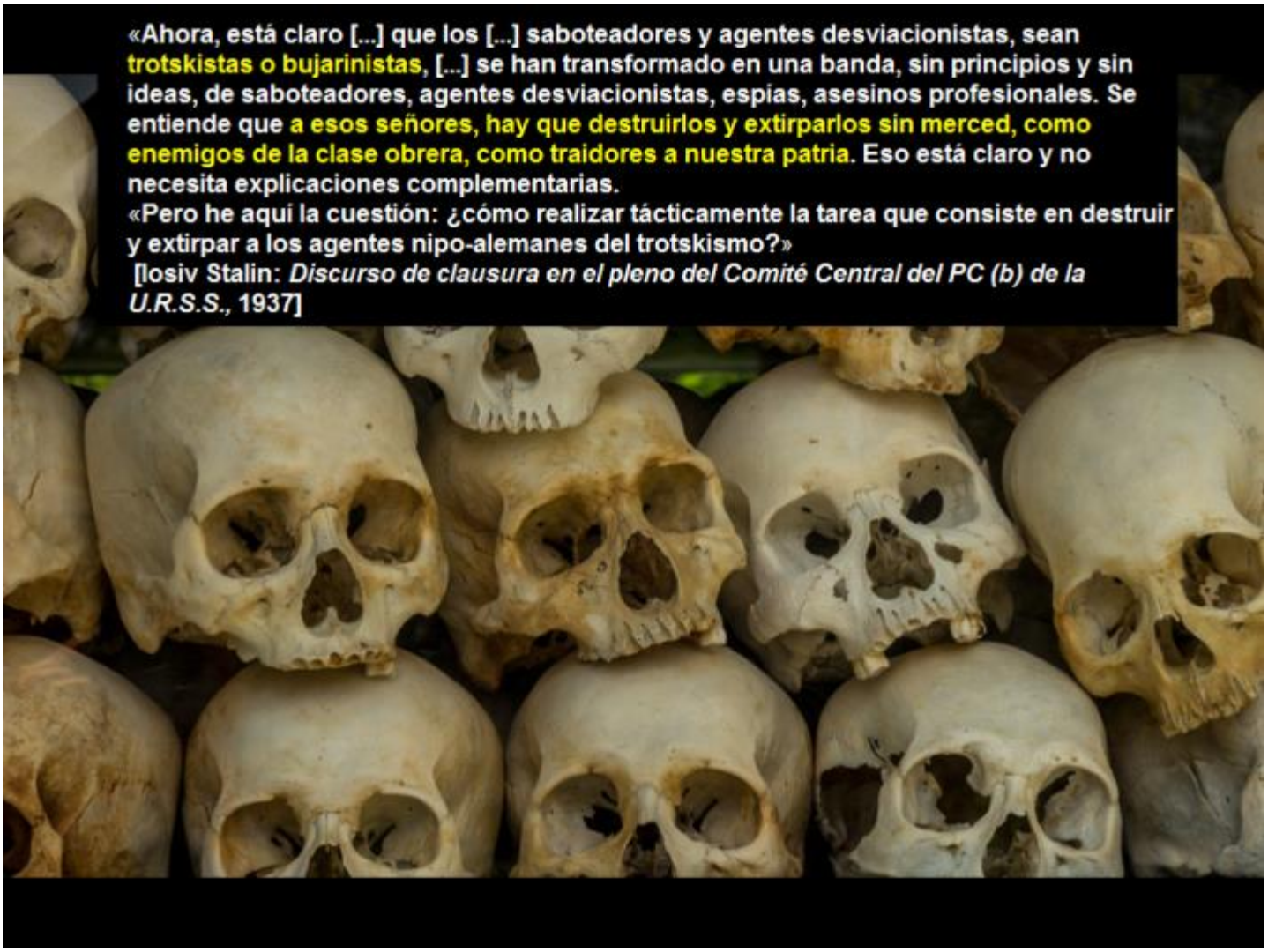
[Iosiv Stalin: *Discurso de clausura en el pleno del Comité Central del PC (b) de la U.R.S.S.*, 1937]

Se trata del bien conocido motivo de su lucha con Hércules.

Si Anteo mataba a todo aquel que atravesaba sus dominios era porque quería construir con los cráneos de sus víctimas un templo dedicado a Poseidón -y les recuerdo que Poseidón, el dios del mar, era en *La Iliada* el aliado habitual de Hera en sus maquinaciones contra Zeus.

Decía Freud que los hombres acaban siempre confesando su verdad: su verdad subjetiva, es decir, la verdad más íntima de su deseo.

El régimen totalitario de Stalin puede ser descrito no solo como un templo gigantesco destinado al culto de la personalidad de su jefe, sino también como la expresión de su más íntimo deseo: que ese templo estuviera construido con los cráneos -ya vacíos de todo pensamiento- de sus víctimas, en primer lugar, como es bien conocido, los de la práctica totalidad de los líderes bolcheviques de la primera generación. Y bien, ya sólo tienen que ligar esa omisión con el tema central del *Discurso* del 37,



que no es otro que la orden de movilizar a la totalidad del partido en el proceso de *extirpación* y *destrucción* de sus enemigos internos, para percibir el lazo inequívoco que vincula lo dicho con la omisión central que habita la cita mitológica: el partido/templo se hará más fuerte cuando sus muros se levanten sobre los cráneos de sus enemigos. No hay duda posible: los enemigos son todos aquellos que se singularizan y diferencian de las masas mudas y amorfas de la tierra a las que solo la voz del supremo sacerdote puede dar expresión.

Sobran los motivos que hacen evidente que tanto Stalin como Hitler fueron casos ejemplares de paranoia.

Pero lo realmente notable es que sus respectivas paranoias impregnaron no solo a las masas sino también a la mayor parte de la inteligencia europea de su tiempo, que no dudó en proclamar su desprecio hacia el pensamiento *burgués* e *individualista* y su admiración ante la potencia y la modernidad de uno u otro de esos dos movimientos totalitarios que estuvieron a punto de aniquilar la civilización occidental. (12)

Es decir: de convertir Europa en un gigantesco templo de cráneos sumisos a la voluntad de la Diosa Madre -ya fuera bajo la forma de la Madre Patria Alemania o de la Humanidad encarnada en maternales masas soviéticas- tal y como la expresaba uno u otro de sus respectivos sumos sacerdotes.

De hecho, ni siquiera el desenlace de la II Guerra Mundial vino a poner fin a ello, pues si produjo la derrota del nacionalsocialismo, produjo igualmente la victoria del socialismo soviético que no sólo impuso el mutismo del templo de los cráneos muertos en media Europa, sino que alimentó, con el prestigio de su victoria, ese tópico discursivo que consistió, entre buena parte de los intelectuales de la otra mitad, en solo reconocer un holocausto -el nazi- y en el instalarse en el negacionismo absoluto del otro -el soviético.

Fue la condición necesaria para poder dar por buena, contra toda lógica, la idea, incesantemente repetida por el régimen soviético, de que ese único holocausto había sido provocado por los intereses del capitalismo alemán.

¿Deberé recordarles que la inanidad de esta explicación resulta obvia desde el mismo momento en que se reconoce la evidencia del otro holocausto, el soviético, desencadenado en el país que había suprimido totalmente la economía capitalista?

El caso es que seguimos, cual eternas almas bellas, mostrando nuestro asombro ante la realidad de los holocaustos, cuando la sólo palabra que usamos para nombrarlos encierra buena parte de la explicación que nos proclamamos incapaces de encontrar.

Y es que realmente fueron *holocaustos*. Lo que, en rigor, obliga a pensarlos en los términos que les son propios, es decir, los mitológicos.

Fueron holocaustos, auténticas *hecatombes* -tal es el nombre, en la ritualidad griega, que equivale de manera directa al *holocausto* hebreo-, pero holocaustos más arcaicos que los que

practicaba el Israel bíblico o la Grecia clásica, dado que en estos sólo se sacrificaban animales, mientras que en los holocaustos del siglo XX fueron millones de seres humanos los sacrificados.

Y porque fueron holocaustos, hecatombes humanas, y porque en el fondo todos sabían que lo eran, fueron muchos los que en Alemania, en Rusia y en muchos otros lugares de Europa se sintieron irrefrenablemente atraídos por el goce que en ellos anidaba.

¿Les extraña lo que les digo? Quizás les sea más fácil comprenderlo si prestan atención al goce, fácil de reconocer bajo la justa indignación que experimentan simultáneamente, cuando contemplan películas que ponen en escena cualquiera de los dos holocaustos. Un vago destello les alcanza a ustedes entonces del horror sagrado que experimentaron buena parte de los europeos durante la primera mitad del siglo XX.

Les insisto: la cultura de la Grecia clásica, como la bíblica, hacía mucho que habían proscrito los sacrificios humanos, por más que en sus textos de referencia quedara cierta memoria de un pasado arcaico en el que, sin embargo, todavía se habían practicado.

El más escalofriante de esos vestigios que contiene *La Biblia* se encuentra en su salmo 21:

Toda una premonición, como pueden ver, de lo que el propio pueblo judío habría de padecer tantos siglos después.

Pero les insisto, el Dios Padre bíblico se afirmó en la prohibición del sacrificio humano, prohibición cuya manifestación más precisa se encuentra en el mito de Abraham e Isaac del que, por cierto, también hube de ocuparme en un congreso anterior a cuyas actas les remito (14)

Me detengo hoy, en cambio, en el equivalente de esa misma temática que puede encontrarse en la cultura helénica.

Como pueden ven, el llamado a un *exterminio* total, al borrado de toda *traza* de la raza odiada se hace aquí igualmente patente.

Y, por lo demás, a la altura del canto XXII de la Iliada, el sacrificio humano se realiza:

Aquiles sacrifica a doce jóvenes troyanos en la pira funeraria de Patroclo.

Nadie ha percibido mejor que Nietzsche la intensidad del goce bárbaro que alimentaba la sociedad arcaica de los griegos homéricos:

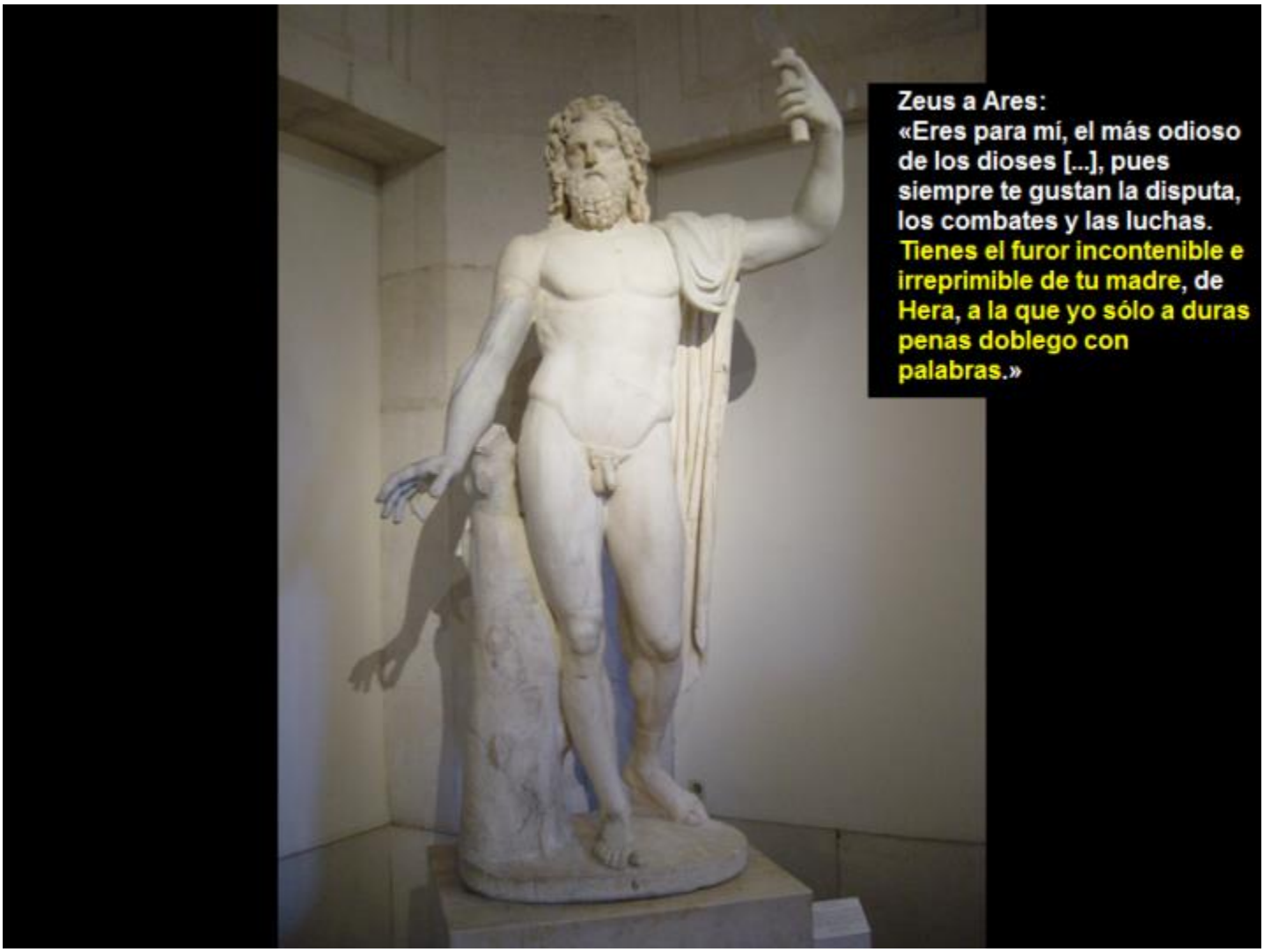
Lo percibió bien, pero desde la fascinación, pues algo en lo más íntimo de él mismo le compelió a realizar su apología: así, los nobles señores soberanos del goce que protagonizaron su *Genelalogía de la moral* estaban directamente inspirados en los guerreros griegos que arrasaron Troya.

«*la expresión triunfal de tigres que mostraban ante el cadáver del enemigo*; [...] la incesante renovación de *aquellas escenas de la guerra de Troya, en cuya contemplación se embriagaba Homero como puro heleno*.» (18)

Pero, en esa misma medida, Nietzsche resultó ciego al acontecimiento de cuya emergencia *La Ilíada* misma constituye la mejor crónica. Pues si en ella se describe con extraordinario vigor la cruel violencia de los héroes antiguos veneradores de esas diosas arcaicas de las que Gea o Gaia, Hera y Atenea son representantes, a la vez da testimonio de la emergencia de algo radicalmente nuevo que emocionaba al propio Homero con una intensidad muy superior a la de la embriaguez que causaba en él la violencia: me refiero a algo a lo que ciertamente Sade o Nietzsche, Hitler o Stalin resultaban, a causa de sus propias patologías, inaccesibles.

Me refiero e eso que para todos ellos constituía el más despreciable de los sentimientos: la compasión.

La compasión, esa hija de la palabra que, no sin evidentes contradicciones, Zeus reclama frente *furor incontenible e irreprimible* de Hera.

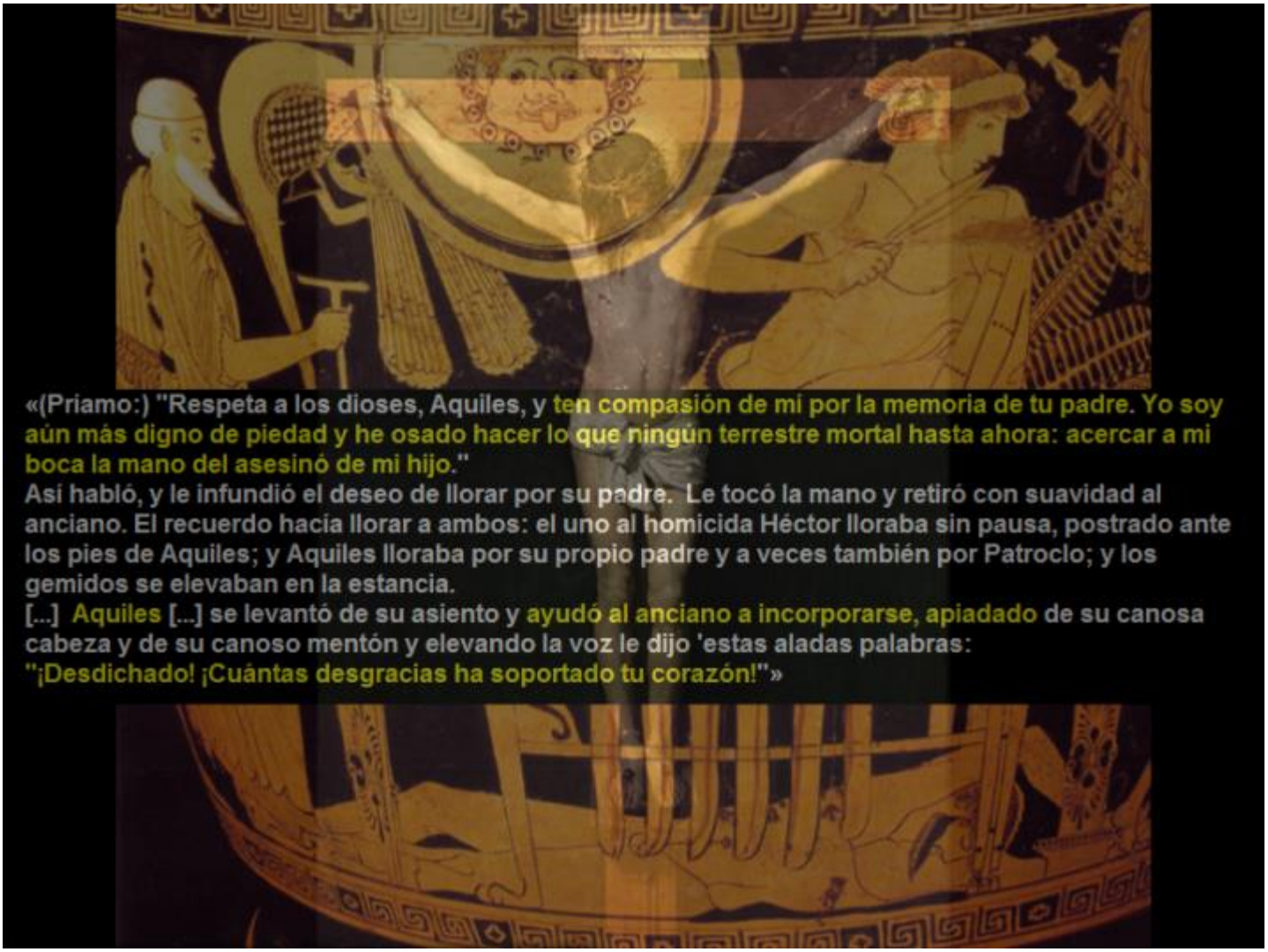


No sé si perciben la revolución que, en la historia e la mitología, hubo de suponer lo que esta frase contiene: la simultánea separación de la divinidad de la violencia -esa que era su sede originaria: recuerden la las primeras grandes bestias divinas- y su vinculación con eso otro que, de lo humano, viene a contradecir y desafiar más netamente a la violencia misma de lo real: la palabra.

Y es, sin duda alguna, la compasión el punto de llegada de *La Ilíada*, tal y como se manifiesta en su último canto, cuando Aquiles se compadece finalmente de Príamo, el padre de Héctor, y le da su cadáver para que pueda ser honrado en la pira funeraria en vez de entregado a los perros y a los buitres como era su deseo inicial.

«(Priamo:) "Respeta a los dioses, Aquiles, y ten compasión de mí por la memoria de tu padre. Yo soy aún más digno de piedad y he osado hacer lo que ningún terrestre mortal hasta ahora: acercar a mi boca la mano del asesinó de mi hijo."
Así habló, y le infundió el deseo de llorar por su padre. Le tocó la mano y retiró con suavidad al anciano. El recuerdo hacía llorar a ambos: el uno al homicida Héctor lloraba sin pausa, postrado ante los pies de Aquiles; y Aquiles lloraba por su propio padre y a veces también por Patroclo; y los gemidos se elevaban en la estancia.
[...] Aquiles [...] se levantó de su asiento y ayudó al anciano a incorporarse, apiadado de su canosa cabeza y de su canoso mentón y elevando la voz le dijo 'estas aladas palabras:
"¡Desdichado! ¡Cuántas desgracias ha soportado tu corazón!"»

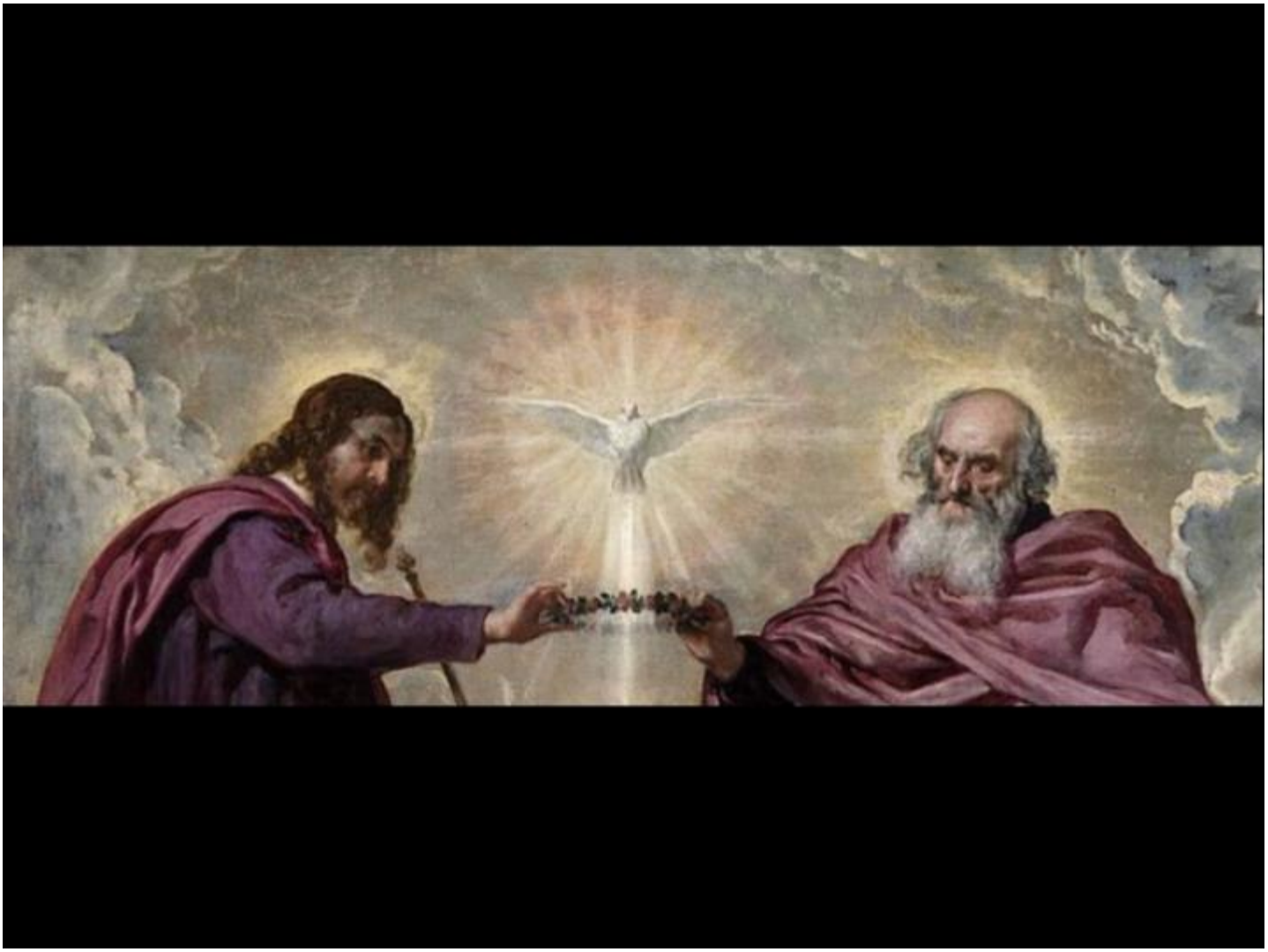
Les hablo de una nueva emoción, extraordinariamente moderna, que por aquel entonces comenzaba a nacer en el área cultural mediterránea.



Una que, pocos siglos después, habría de constituir el rasgo mayor del Dios Monoteísta y Patriarcal que entronizaría el cristianismo y que inauguraría una nueva vía hacia el goce que ya no pasaría por el sacrificio del otro, sino por el sacrificio propio.

Este nuevo Dios ya ni siquiera habitará en la alta montaña del Olimpo.

Su morada será un cielo absolutamente desterritorializado, separado, por tanto, de toda tierra y de toda tribu -en suma: de toda madre patria.



Y, por eso, convertido en Dios pura de la palabra, podrá habitar, en forma de alma, a todo ser humano haciendo de él, en esa misma medida, sagrado.

Digno de compasión, en suma.

Pero sólo en las manifestaciones más extremas del giro patriarcal -así la hebrea, la protestante, la islámica- la mujer fue por ello excluida del panteón, resulta obligado anotar la solución católica que, si desposeyó a la Diosa arcaica de su soberanía, la supo mantener, convertida en madre amorosa, en el centro escénico de su nuevo panteón.

Anoten la novedad del nuevo rasgo de esta madre amorosa: ella, a diferencia de las diosas arcaicas que la habían precedido, lejos de reclamar la sumisión absoluta y eterna de sus hijos, se manifestó dispuesta, desde el primer momento, a renunciar a ellos.

Les invito seriamente a considerar la hipótesis de que la muerte del Dios Patriarcal -y la consiguiente desaparición de su compasión- fue uno de los detonantes de las hecatombes y los holocaustos de la primera mitad del siglo XX.

Por lo demás, hace tiempo que vengo sosteniendo que esa percepción fue el motivo implícito de que Freud dedicara su última gran investigación -su estudio sobre *Moisés*- al asunto del nacimiento del Dios monoteísta y patriarcal y, con él, del sentimiento de culpa que no es después de todo otra cosa que la otra cara -y en cierto modo el primer motivo- del sentimiento de la compasión. (21)

Dos puntos ciegos han polarizado en buena medida el pensamiento occidental de los dos últimos siglos:

El primero, el olvido de que la mujer, en tanto madre, es una potencia de lo real. Una potencia potencialmente benéfica si es que se conforma como una madre amorosa -pero solo lo es realmente la que es capaz de renunciar a su hijo- o una potencia aniquilante cuando no logra serlo, dado que, como las diosas arcaicas muestran, la mujer es potencialmente tan agresiva y violenta como cualquier otro ser humano.

El segundo ha sido, sin duda, la idea ingenua de que la muerte de Dios suponía el fin de toda religión y de toda mitología.

Creo que a estas alturas va siendo hora de reconocer que lo que ha sucedido ha sido más bien todo lo contrario: la regresión hacia formas mitológicas mucho más arcaicas e inhumanas que cobran la forma del retorno de la Diosa más oscura: Gaia, la Diosa madre tierra, tribal, identitaria, exclusiva, que concede el estatuto de superhombres a sus fieles y el de subhombres sacrificables a todos los demás.

Son, los suyos, cultos que excluyen todo espacio de individuación, pues tal es el efecto inevitable de la condición materna de la diosa. En ausencia de toda mediación tercera, paterna, el lazo fusional con la madre solo hace espacio para la identificación absoluta o la aniquilación.

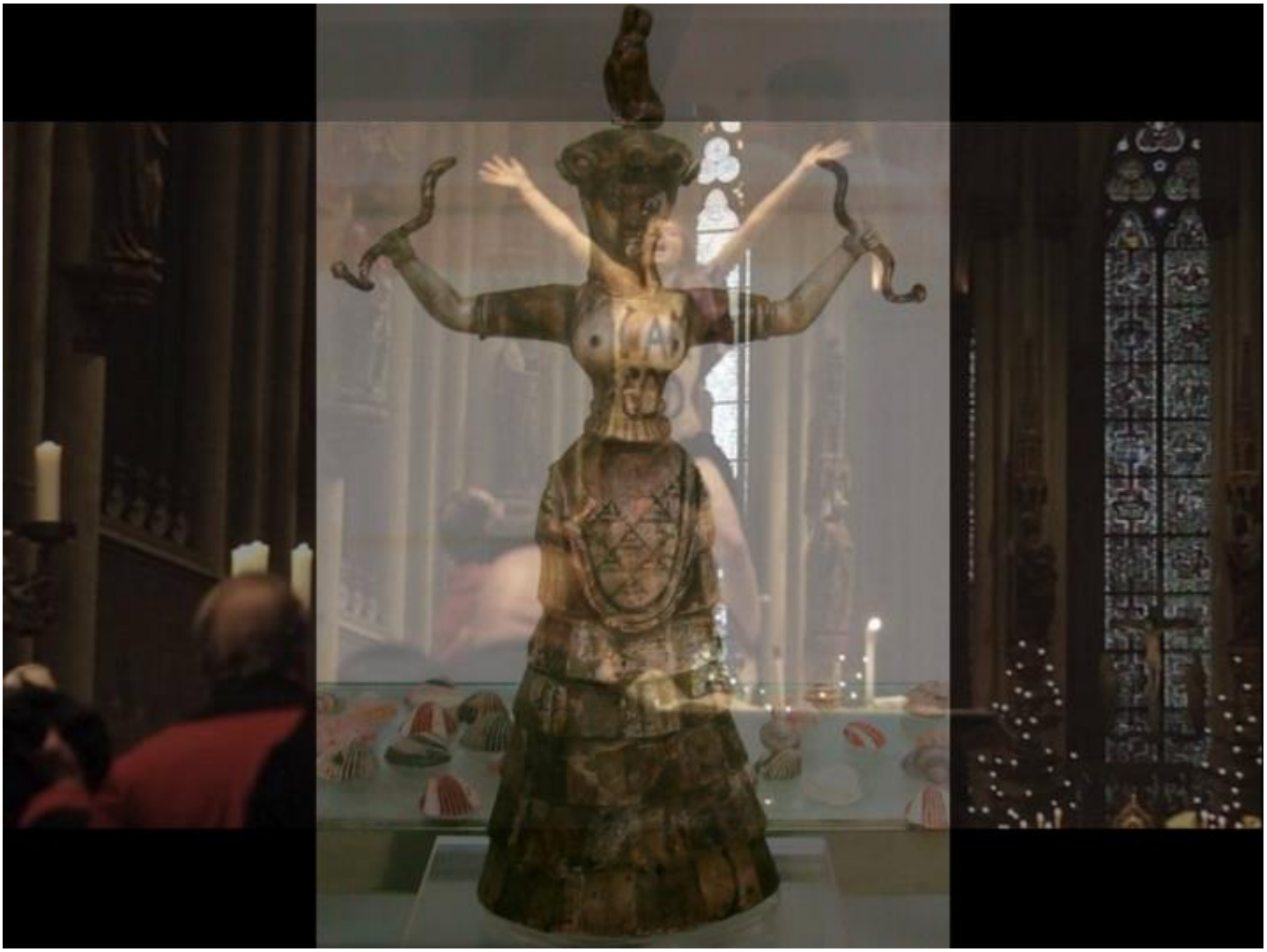
En suma: arios puros, bolcheviques auténticos, santos jihadistas o víctimas sacrificables.

De lo que les estoy hablando es del núcleo mismo de la psicosis paranoica de masas que estuvo a punto de aniquilar la civilización que había introducido en el mundo la declaración de los derechos del hombre.

Pues la muerte de Dios ha sido también la aniquilación del fundamento simbólico del padre y, con él, de la mediación simbólica capaz de desencadenar el proceso edípico de construcción de la subjetividad.

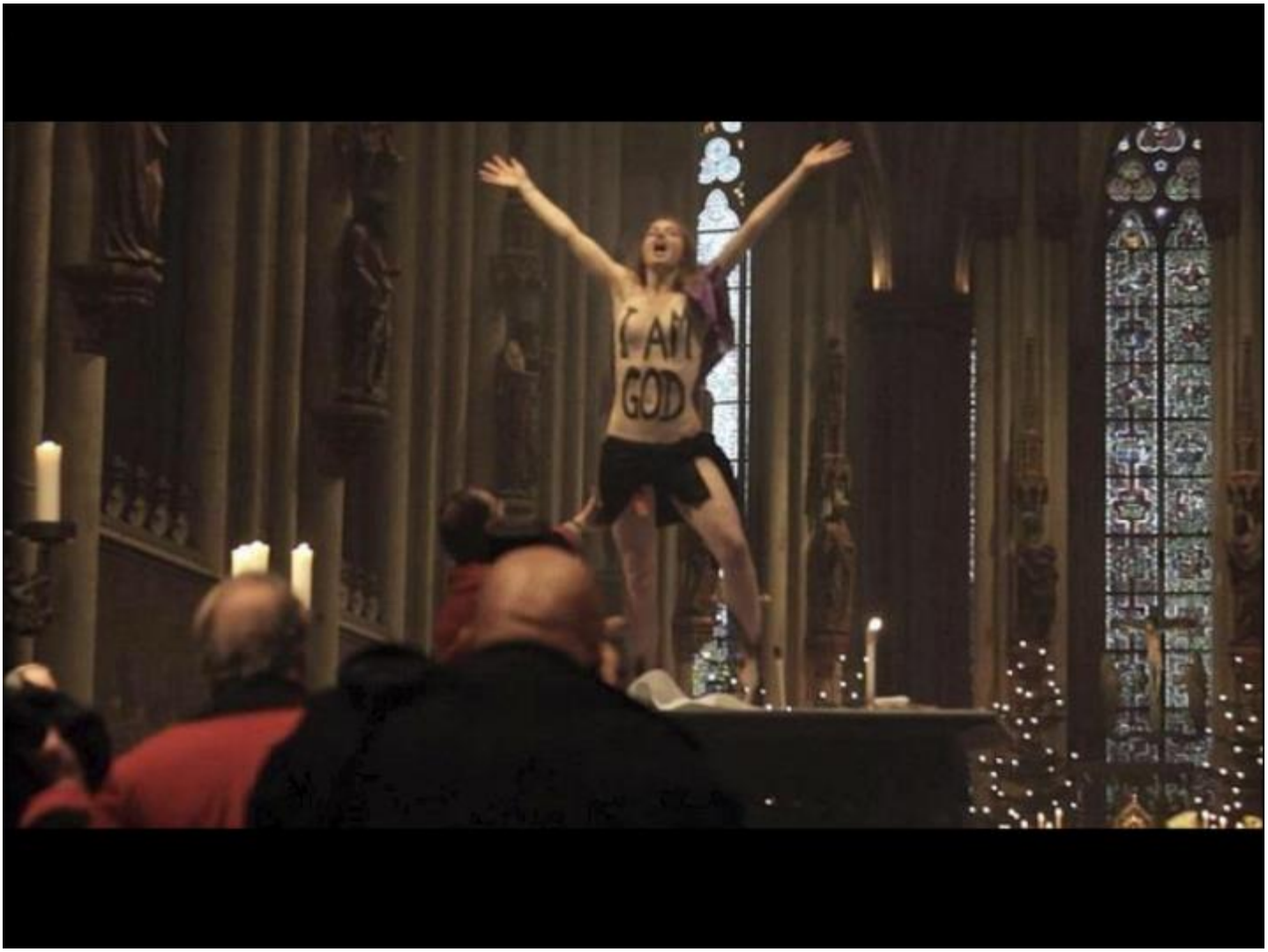
Quizás piensen ustedes que la pesadilla acabó con la Segunda Guerra Mundial.

Pero creo que convendría considerar la hipótesis de que si la primera mitad del siglo XX europeo estuvo presidida por la violencia centrífuga, explosiva, de los holocaustos, la segunda podría haber estado presidida por una más silenciosa violencia, esta vez centrípeta, implosiva, que encontraría su manifestación más expresiva en la caída masiva de la natalidad y en la proclamación del derecho al aborto como derecho soberano de la mujer.



Y no malentiendan lo que les digo: yo también estoy de acuerdo con la despenalización del aborto.

Solo les llamo la atención sobre el hecho de que la afirmación del derecho soberano de la mujer a suprimir la nueva vida que ha nacido en su interior hace de ella, literalmente, una diosa.



Muchas gracias por su amable atención.

——

(En el debate suscitado tras la presentación de esta ponencia, Luis del Pozo objetó que lo escrito en el vientre de la activista que irrumpió sobre el altar de la catedral de Colonia era la palabra *Dios* (*God*) y no *Diosa* (*Goddess*). La respuesta es, no obstante, sencilla: las feministas radicales rechazan el uso de las terminaciones tradicionales de lo femenino; así, entre nosotros, consideran peyorativo ser tratadas de *poetisas* o de *lideresas*: exigen, por contra, ser nombradas como *líderes* o *poetas*. Y, más allá de ello, conviene recordar que las divinidades maternas arcaicas eran figuraciones de omnipotencia que excluían toda simbólica diferencial de lo masculino y lo femenino. El dato decisivo, en cualquier caso, es que esa proclamación de divinidad se halla escrita en el vientre de una mujer.)

NOTAS

(1) Stalin, Iosiv (1937): *Discurso de clausura en el pleno del Comité Central del PC (b) de la U.R.S.S., en* Obras, tomo XV (1934-1952), Lenguas extranjeras, Moscú 1953, p. 32.

(2) Arendt, Hannah (1951): Los orígenes del totalitarismo, Santillana, Madrid, 1998, p. 210, p. 268, p. 297, p. 304, p. 323, p. 326-7, p. 342.

(3) Homero: *Ilíada*, traducción de Emilio Crespo Güemes, Gredos, 2000 p. 66.

(4) Bataille, Georges: 1957: *El erotismo*, Barcelona, Tusquets, 1979, ps. 117-121.

(5) Stalin, Iosiv (1937): *Discurso de clausura en el pleno del Comité Central del PC (b) de la U.R.S.S., en* Obras, tomo XV (1934-1952), Lenguas extranjeras, Moscú 1953, p. 32.

(6) Nietzsche, Friedrich: (1869): *Homero y la filología clásica, http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/literatura/odisea/prologo.html*]

(7) Friedrich, Nietzsche (1887): *La genealogía de la moral*, Traducción: Andrés Sánchez Pascual, Madrid: Alianza, 1972, p. 42.

(8) Nietzsche, Friedrich: (1886) *Más allá del bien y del mal. Preludio a una filosofía del futuro*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Altaya, Madrid, 1999, p. 94-95.

(9) Nietzsche, Friedrich (1887): *La genealogía de la moral*, Traducción: Andrés Sánchez Pascual, Madrid: Alianza, 1972, p. 36.]

(10) González Requena, Jesús: *Dios*, en Trama y Fondo nº 19, 2005.

(11) Stalin, Iosiv (1937): *Discurso de clausura en el pleno del Comité Central del PC (b) de la U.R.S.S., en* Obras, tomo XV (1934-1952), Lenguas extranjeras, Moscú 1953, p. 28.

(12) (Una revisión más detenida del asunto puede encontrarse en www.gonzalezrequena.com, Seminario Psicoanálisis y Análisis Textual, 2012/2013: Psycho y la Psicosis II – Norman, 1. De la muerte de Dios al retorno de la Diosa (05/10/2012), 2. La violencia de la Diosa y sus Holocaustos (19/10/2012) y 3. De la primera a la segunda mitad del siglo XX (26/10/2012).

(13) *La Biblia*, *Salmos*, salmo 21, La Biblia cultural, Traducción La Casa de la Biblia(e) Atenas, PPC, Sígueme, Verbo Divino, Ediciones SM, Madrid, 1998, p. 946.

(14) González Requena, Jesús: *Sobre los verdaderos valores. De Freud a Abraham, en Trama y Fondo nº 24, 2008.* Disponible en www.gonzalezrequena.com, Textos en pdf, Psicoanálisis.

(15) Homero: *Ilíada*, traducción de Emilio Crespo Güemes, Gredos, 2000, p. 113.

(16) Homero: *Ilíada*, traducción de Emilio Crespo Güemes, Gredos, 2000, p. 150.

(17) Nietzsche, Friedrich (1887): *La genealogía de la moral*, Traducción: Andrés Sánchez Pascual, Madrid: Alianza, 1972, p. 74.

(18) Nietzsche, Friedrich (1871-1872): *La lucha de Homero. Prólogo para un libro que no se ha escrito*. http://congresoxii.dgb.conaculta.gob.mx/coleccion_sep/libro_pdf/31000000640.pdf

(19) Homero: *Ilíada*, traducción de Emilio Crespo Güemes, Gredos, 2000 p. 108

(20) Homero: *Ilíada*, traducción de Emilio Crespo Güemes, Gredos, 2000 p.496.

(21) González Requena, Jesús: *El cuarto Freud*, en José Miguel Marinas (Ed.): *Lo político y el psicoanálisis. El reverso del vínculo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008. Disponible en www.gonzalezrequena.com, Textos en pdf, Psicoanálisis.